



Carta del Abad General OCist para la Cuaresma 2023

EL FRUTO DE LA CRUZ

Queridos hermanos y hermanas, entramos en el tiempo propicio de la Cuaresma para prepararnos a la Pascua con toda la Iglesia. Quisiera continuar la escucha, iniciada con la Carta de Navidad, del discurso que el Papa Francisco dirigió a nuestro Capítulo general el 17 de octubre de 2022, centrándome ahora en las sugerencias útiles para nuestro camino de conversión, para vivir nuestro carisma de “observar juntos a Jesús”. En la Carta de Pentecostés profundizaré en la invitación del Papa a vivir nuestra vocación en la gran sinfonía de la Iglesia.

Convertirse observando a Cristo

Para captar el sentido positivo de la conversión cristiana a la que se nos invita, es importante comprender que no se trata sólo de una transformación de nuestro corazón, de nuestro pensamiento y de nuestro comportamiento. Es ante todo un pasar pascual de nosotros mismos a Cristo, de nuestra vida a la de Cristo en nosotros. El ladrón arrepentido crucificado junto a Jesús no tuvo tiempo de cambiar de vida, de mejorarla, de corregirla, sino que pidió al Salvador que tomara toda su persona, y así su muerte fue un nacimiento pascual a la vida eterna con Él (cf. Lc 23,39-43). Sólo observando a Jesús, escuchando su palabra y adhiriéndonos a su presencia nos convertimos de verdad, permitiendo que el Espíritu Santo reproduzca en nosotros la imagen viva de Jesucristo, el hijo predilecto del Padre.

Durante mi mes sabático con las monjas Bernardinas de Hynning, Inglaterra, pensé mucho en el *habitare secum* de San Benito en la cueva de Subiaco. San Gregorio Magno explica en el capítulo 3 del segundo libro de los *Diálogos* que Benito “habitaba consigo mismo (...) viéndose siempre ante los ojos del Creador”. Así es como el rostro de San Benito se convirtió en un reflejo de la buena mirada de Dios. De hecho, fue a partir de ese momento cuando Benito se convirtió en padre de monjes, comenzando a acoger discípulos y a fundar monasterios.

La verdadera conversión consiste en dejar que el Dios vivo y presente transforme nuestras vidas a su imagen, para amar como Dios ama, perdonar como Él perdona, servir como Él sirve, dando la vida como Él la da.

Pero, ¿cuál es el medio por el que se produce esta transformación? Ocurre a través de la comunión que Cristo nos da para vivir con Él y con el Padre, en el don del Espíritu Santo.

“No hay comunión sin conversión”

El Papa nos dijo en su discurso: “No hay comunión sin conversión”. Esto es fundamental sobre todo para nosotros, monjes y monjas, que estamos llamados, como leemos en el capítulo 49 de la Regla, a vivir una constante observancia cuaresmal (RB 49,1), y sobre todo a hacer el voto de “*conversatio morum*” (RB 58,17), es decir, de conversión siguiendo la vida del monasterio, en obediencia y fraternidad.

El Papa Francisco nos lo dijo después de invitarnos a caminar juntos viviendo nuestras diferencias en sinfónica armonía, participando en la misión de la Iglesia que constantemente nos hace salir de nosotros mismos para encontrarnos con los demás. Si queremos dejar que Dios transforme nuestra vida, la conversión que se nos pide es abrirnos a la comunión por la que Jesús derramó su sangre en la Cruz para unirnos al Padre y a toda la humanidad. De hecho, el Papa continúa diciendo que la conversión “es necesariamente fruto de la Cruz de Cristo y de la acción del Espíritu, tanto en las personas individuales como en la comunidad”. No estamos llamados a la conversión para mortificarnos, sino para participar plenamente en el Misterio Pascual, aceptando el don de Cristo hasta la muerte y la efusión del Espíritu en Pentecostés. La conversión cristiana expresa, pues, un deseo de plenitud de vida, de la vida de Cristo en nosotros, que es una vida de comunión filial con Dios y de comunión fraterna con todos. Precisamente porque “no hay comunión sin conversión”, la conversión es para nosotros un bien a desear, un camino de salvación por el que caminar con alegría, aunque exija sacrificios, porque nos abre al don más grande, el de la comunión de amor con Dios y con los hermanos.

La conversión a la comunión es el pan cotidiano de nuestra vida comunitaria. La vida de una comunidad es bella y fecunda si es estímulo paciente y ayuda misericordiosa para que todos sus miembros se conviertan a la comunión, cada uno a su ritmo y según su personalidad. Por supuesto, esta conversión es imposible sin la gracia del Espíritu Santo. Pero el Paráclito no puede negarnos la gracia de acoger el don de la comunión de amor que Él mismo es en la Trinidad y en la Iglesia.

Preguntémonos, pues, sinceramente: ¿deseamos convertirnos cada día a la comunión con Dios y con los hermanos y hermanas que encontramos?

“De un yo cerrado a un yo abierto”.

Pero, ¿en qué consiste el camino de conversión a la comunión en Cristo?

El Papa nos lo explica con una imagen recurrente en su magisterio. Nos dijo que nuestra vocación “supone un compromiso constante de conversión de un *yo cerrado* a un *yo abierto*, de un corazón centrado en sí mismo a un corazón que sale de sí mismo y va hacia el *encuentro* del otro. Y esto, por analogía, se aplica también a la *comunidad*: de una comunidad *autorreferencial* a una comunidad *extrovertida*, en el buen sentido de la palabra, acogedora y misionera. Este es el movimiento que el Espíritu Santo busca siempre imprimir en la Iglesia, actuando en cada uno de sus miembros y en cada una de sus comunidades e instituciones. Un movimiento que se remonta a Pentecostés, el ‘bautismo’ de la Iglesia.”

Nos parece oír a San Benito cuando en el Prólogo de la Regla nos promete que “a medida que se progresa en la conversión monástica y en la fe, se corre por el camino de los mandamientos del Señor con el corazón dilatado por la dulzura inexpresable del amor” (Pro. 49). La dilatación del corazón es precisamente el paso de un corazón cerrado y egocéntrico a un corazón abierto que sale de sí mismo al encuentro del otro. El yo abierto es un yo que

se convierte verdaderamente en sí mismo al encontrar a Dios como Padre y a los demás como hermanos y hermanas en Cristo.

Nuestras comunidades están llamadas a recorrer siempre el mismo camino de conversión, desde el encerrarse en sí mismas hacia una apertura que acoja al otro en sí o salga a visitarlo. Este aspecto, que, como dice el Papa, es “el movimiento que el Espíritu Santo busca siempre imprimir en la Iglesia”, lo exploraremos en la Carta de Pentecostés. Pero es bueno que, aprovechando la Cuaresma, cada uno de nosotros y cada comunidad meditemos sobre lo que significa para nosotros participar en este movimiento de apertura del corazón hacia una vida de comunión. No es ante todo un movimiento espacial, sino precisamente un movimiento de conversión a la comunión que permite al Espíritu Santo dilatar nuestro corazón. Un corazón dilatado no es un corazón roto, dividido o disipado, sino un corazón más grande, más grande como corazón, más grande como “yo”, porque nuestro corazón está hecho a imagen de un Dios que primero salió de sí mismo para alcanzarnos con su infinita caridad. Entendemos así que la conversión es para nosotros un proceso de divinización en la caridad que el Espíritu quiere realizar en nosotros y en el mundo.

Cerca del monasterio donde pasé mi mes sabático hay un precioso “castillo” que visitamos un día, guiados por la muy amable y acogedora propietaria. Nos contó que hace muchos años, tras la Segunda Guerra Mundial, su suegro, al heredar el castillo en mal estado y consciente de la carga que supondría su gestión, pudo pedir consejo a San Padre Pío de Pietrelcina, quien le dijo: “Si mantienes siempre la puerta abierta, nunca perderás tu casa”.

Inmediatamente pensé en la invitación del Papa a nuestros corazones y a nuestros monasterios: ¿queremos realmente seguir viviendo abiertos al encuentro con Dios y con la humanidad?

“¡Bienaventurados vosotros, los pobres!”

Pero precisamente porque la comunión es una gracia inmensa, la condición para recibirla no puede ser lo que somos o tenemos, sino la pobreza de espíritu. Y este es otro punto del discurso del Papa Francisco sobre el que nos conviene meditar en esta Cuaresma.

El Papa, al final de su discurso, nos dijo:

“Otro aspecto en el que quiero animaros es vuestra intención de mayor *pobreza*, tanto de espíritu como de bienes, para estar más disponibles para el Señor, con todas vuestras fuerzas, fragilidades y florituras que Él os da. Por eso alabamos a Dios por todo, por la vejez y por la juventud, por la enfermedad y por la buena salud, por las comunidades en “otoño” y en “primavera”. Lo esencial es no dejar que el maligno nos robe la esperanza. Lo primero que busca el maligno es robar la esperanza, por eso nos la quita de las manos, siempre. Porque la pobreza evangélica está llena de esperanza, basada en la bienaventuranza que el Señor anuncia a sus discípulos: «Dichosos vosotros, los pobres, porque vuestro es el reino de Dios» (Lc 6,20).”

Tal como la describe el Papa, la pobreza, tanto del corazón como de los bienes materiales, es el secreto de la alegría y de la esperanza. Es la primera bienaventuranza, es decir, la primera y fundamental renuncia a nosotros mismos que Dios llena de esperanza confiada en Él.

Sin pobreza, no podemos estar disponibles para el Señor, no podemos servirle, especialmente en el monasterio como “escuela del servicio del Señor” (RB Prol. 45). La pobreza nos hace libres para servir, como Jesús, como la Virgen María, “la esclava del Señor” (Lc 1,38), que en el Magnificat revela su alegría de servir en la pobreza: “Mi alma engrandece al Señor, y

mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva.” (Lc 1,46-48)

En la Regla de San Benito, la humildad se presenta como la forma más profunda de pobreza, porque es pobreza de corazón en la relación con todos y con todo. Es el humus, la tierra, que da fruto para el Reino de los cielos al aceptar la semilla de la Palabra de Dios.

A menudo pensamos que no podemos servir adecuadamente al Señor, a la Iglesia y a la humanidad porque carecemos de medios, personas, habilidades, tiempo y energía. En cambio, el Papa recuerda que la ley de la fecundidad evangélica implica criterios invertidos respecto al mundo, porque es Dios quien da para dar fruto para el Reino. Por eso el Papa nos invita a vivir toda nuestra pobreza y fragilidad con gratitud, alabando a Dios, es decir, experimentando ya la bienaventuranza prometida a los pobres. Para los que se quejan, la fragilidad, la vejez, la enfermedad, la época de otoño que viven tantas de nuestras comunidades, son una disminución que tiende al agotamiento, al final, a la muerte. Para quien da gracias, para quien alaba a Dios, estas mismas realidades que nos empobrecen se convierten en peldaños hacia el Cielo, son oportunidades de ofrenda y de crecimiento espiritual que nos convierten en testigos gozosos de la victoria pascual de Cristo Señor.

Podemos entonces preguntarnos: ¿qué pobreza estamos llamados a desear hoy, personalmente y en nuestra comunidad, para ser más libres para servir al Reino de Dios? ¿Alabamos al Señor por todo lo que nos empobrece?

Custodiar la esperanza

Este testimonio es la esperanza que el Papa y la Iglesia nos piden custodiar, defendiéndola del maligno: “¡Lo esencial es no dejar que el maligno nos robe la esperanza!”

Sabemos que, desde San Antonio de Egipto en adelante, la vida monástica se ha vivido siempre como una lucha en primera línea contra las fuerzas del mal que minan a toda la humanidad. Esta lucha, que muchos consideraban “anticuada”, vuelve a cobrar trágica actualidad ante la evidente irrupción del mal en los asuntos del mundo y de la Iglesia. Muchos perciben, aun sin tener fe, que el desprecio por la vida y su dignidad, el desprecio por los pobres, por la creación, así como las guerras y opresiones que sufren los pueblos, no se erradicarán con la política y las armas. Lo que se necesita es una victoria del amor humilde de Cristo en lo más profundo de los corazones, una victoria de la Cruz contra las fuerzas oscuras del mal.

Al morir y resucitar por nosotros, el Hijo de Dios introdujo en el mundo una fuente inagotable e invencible de amor y esperanza: “Uno de los soldados le golpeó el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua” (Jn 19,34). María, de pie junto a la Cruz, es el icono de la esperanza que se alimenta del amor infinito de Dios por la humanidad. La esperanza de salvación para todos no se pierde cuando se extrae de la fuente inagotable del amor de Cristo. El maligno lo sabe, y por eso quiere robarnos la esperanza apartando nuestra mirada de Aquel que nos ama a todos, aunque le hayamos traspasado.

Que nuestro compromiso, cuaresmal y permanente, sea realmente “mirar juntos a Jesús”, como María y Juan, ¡sosteniendo la esperanza para toda la humanidad!



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist